

María: Magnificat realizado en ella

Dolores Aleixandre

EL Magnificat está recorrido por un dinamismo pascual. Lo mismo que en otros himnos bíblicos, nace de una experiencia de paso, de tránsito, de transformación (es eso lo que significa en hebreo la palabra *pascua*). Los personajes que suelen entonarlos son, con frecuencia, mujeres cuya situación inicial era de negatividad y desolación pero a quienes la acción de Dios ha cambiado la suerte y se han convertido en «mujeres cantoras»: la Biblia al recordarlas, nos ha dejado las palabras de júbilo más hermosas, los himnos más entusiasmados, las expresiones más gozosas y radiantes.

La primera de esas mujeres es Miriam, la hermana de Moisés y Aarón, que aparece calificada como «la profetisa» y la ocasión de su canto es el acontecimiento cumbre de la historia de Israel: el éxodo. Es una historia que comienza con un clamor y culmina con una canción y se convierte así en la «maqueta» de lo que los cristianos llamamos «misterio pascual»:

"Cuando los caballos del faraón y los carros de sus guerreros entraron en el mar, YHWH hizo que las aguas del mar volvieran sobre ellos, mientras que los hijos de Israel pasaron a pie enjuto por en medio del mar. María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un tímpano y todas las mujeres la seguían con tímpanos y danzando en coro. Y María les entonaba este estribillo: "Cantad a YHWH pues se cubrió de gloria arrojando en el mar caballo y carro» (Ex 15,19-21)

El cántico de Débora refleja la alegría de la victoria de Dios que ha actuado liberando del enemigo a un pueblo a quien una mujer ha conducido al triunfo (Jue 5); Ana en su cántico celebra que el Señor la haya hecho pasar de la muerte de la esterilidad a la vida de la fecundidad (1 Sam 2,1-10); Judit canta su victoria sobre Holofernes pero es a Dios a quien remite toda la gloria (Jud 16,117). En todos estos cantos la memoria de Israel, que celebraba la acción de YHWH derritiendo los montes y descuajando los cedros del Líbano (Sal 29), celebra al Dios que hace saltar por los aires las situaciones de prostración y opresión en que se encontraban sus hijos e hijas. Su Palabra convoca a sus protagonistas de los relatos, las saca de los «egiptos» de su fatalismo y les hace experimentar una pascua.

Y al dejarse conducir a través de ella, se transforman en seres nuevos, dejan atrás todo lo que era símbolo de su opresión, de su necesidad y de su muerte. Se convierten en primicias de un pueblo liberado:

- estaban en la sombra y alcanzan la luz del conocimiento
- estaban en la noche y desembocan en la fe
- estaban arrinconadas en la exclusión y aparecen integradas en un ámbito nuevo, el de la vinculación y la Alianza. y, a través de ellas, Dios se revela como vencedor de toda la negatividad de la existencia, de todas las carencias, de todas las noches, de todas las lágrimas.

Es precisamente en esta tradición en la que se inserta el cántico de María y leerlo hoy desde la perspectiva que da título a esta reflexión: **María: el magnificat realizado en Ella**, nos invita a contemplarla participando de una Pascua, viviendo un proceso de transformación y de tránsito.

Pero puede ocurrirnos que contemplemos su pascua como algo acontecido exclusivamente en ella, algo que es demasiado grande para nosotros, una exaltación de la que no somos dignos de participar. La escuchamos decir: «ha hecho en mi grandes cosas» y nos alegra que la acción de Dios haga maravillas en

ella pero no creemos que eso tenga algo que ver con nosotros que tenemos que ganarnos el cielo trabajosamente y con muchos esfuerzos; *«ha mirado la humillación de su esclava...por eso me felicitaran todas las generaciones»*, y como no creemos estar llamados a una felicidad plena, declaramos bienaventurada a María pero seguimos buscando pequeños placeres que sean un sucedáneo de una felicidad que dejamos «para la otra vida» porque ésta es un valle de lágrimas. *«A los hambrientos los colma de bienes...»* y aunque damos nuestro asentimiento a la fe, en el fondo no acabamos de convencernos de que el camino de la pobreza sea el mejor para acceder a la plenitud y, por si acaso, tratamos de acumular lo que podemos para escapar de cualquier carencia.

Y al reaccionar así estamos dando la razón al proverbio oriental que dice: «Cuando a un tonto se le señala la luna, el tonto mira al dedo». Y es que, cuando el Magnificat nos pone delante lo que Dios hizo en María, la «pascua» que realizó en ella, nos está invitando a mirarla no sólo como a alguien sublime, celestial y maravilloso, sino, sobre todo, como a aquella que nos revela nuestra propia identidad cristiana, como a la hermana mayor que nos da la mano para arrastramos en su mismo camino. Y por eso rezarlo hoy tendría que implicar el dejamos seducir por esa manera de ser y de vivir que fueron los de ella y orientar nuestra vida en esa misma dirección.

Lo que ocurre es que tenemos tan introyectados los modelos «mundanos»de rendir homenaje a alguien y de mirar y tratar de determinada manera a los que consideramos «importantes», que, sin darnos cuenta, hacemos lo mismo con María. Y eso tiene como consecuencia que, para honrarla, le aplicamos un criterio de «segregación» y, lo mismo que los ilustres e importantes del mundo se separan de la gente corriente para poner de relieve su categoría superior, nosotros separamos a María y la situamos lejos y en alto. Pero al hacerlo, se nos distancia y se nos pierde en la lejanía de sus pedestales, mantos y aureolas mientras, desde abajo, nosotros la alabamos, entonamos himnos en su honor, la coronamos con joyas y le llevamos flores y velas.

Y si acentuamos tanto sus privilegios, excepciones y atributos, es porque, en el fondo nos resulta más cómoda esta constatación de distancia que nos permite seguir viviendo como vivimos, sin cuestionamos en qué afecta a nuestra vida de todos los días el que María sea llena de gracia, inmaculada o asunta al cielo.

Para salir de ese impasse tendíamos que aplicar, en vez de ese criterio de «segregación y exclusión», el que funciona siempre en el proyecto de Dios sobre nosotros y que es el de «asociación e inclusión». Si el Padre envió a su Hijo, no fue sólo para provocar nuestra admiración, nuestra adoración y nuestra alabanza, sino para asociarnos a él, para hacemos participar de su vida, para sentarnos a la mesa de su Reino e incorporarnos a su muerte y Resurrección.

1. De la turbación a la alabanza

En la escena de la Anunciación, Lucas nos pone en contacto con un sentimiento de María: *«ella se turbó al escuchar su saludo»* pero el ángel le dijo: *«No temas, María, porque has hallado gracia a los ojos de Dios...»*

En el comienzo del Magnificat, encontramos que María ha dejado atrás su turbación y lo mismo que Zacarías salió de su mudez, ella deja atrás su turbación y entona un himno de alabanza en el que llama a Dios *Señor, santo y poderoso*. Pero su *santidad* y su *grandeza* no le separan ni le alejan de su mundo sino que van a hacerse sentir en forma de *misericordia* (la palabra aparece repetida dos veces y eso es muy significativo en un texto tan breve). Pensando en claves de Antiguo Testamento, es *hesed* el término que está detrás del *eleos* griego y con él se expresa siempre la relación de amor fiel de Dios con el pueblo de su Alianza.

Es el Dios de las promesas a Abraham y a su descendencia y el que recuerda su misericordia y auxilia a Israel su siervo. Y ese siervo aparece ahora como condensado y personificado en una muchacha de una aldea perdida de Galilea: ella es la *creyente* (así la ha llamado Isabel), la verdadera hija de Abraham (Reina de los Patriarcas la llamará la Iglesia...), aquella en la que el Padre reconoce los rasgos mejores de su pueblo: lealtad, humilde obediencia, fidelidad inquebrantable...

La mirada de Dios se inclina hacia ella, la envuelve en su ternura y la inunda de gracia. Y María, que se sabe mirada así, se alegra hasta las raíces más hondas de su ser y de esa alegría nace, como de un manantial, el agua viva de su alabanza: «*Engrandece mi alma al Señor...*»

Esto es lo primero a lo que nos invita María en su Magnificat: a algo tan sencillo como «**dejarnos mirar**» por Dios, sentirnos acogidos y envueltos en su ternura, en su perdón, en su amor incondicional, y eso seamos como seamos porque lo que El mira en nosotros no son nuestras buenas o malas acciones, equivocaciones, méritos, errores y cualidades. **Lo que el Padre ve en nosotros es la imagen de su Hijo** y en El estamos «*enriquecidos en toda clase de dones*» (1 Cor 1,5), algo que sabía bien San Juan de la Cruz cuando escribía: *...que bien puedes mirarme después que me miraste, que gracia y hermosura en mí hallaste.*

Lo primero en nuestra vida no son nuestras acciones, logros ni conquistas sino el **reconocimiento** de lo que Dios ha hecho con nosotros, la tranquila confianza de exponernos ante la mirada de un Dios que nos acoge tal como somos, nos envuelve en su gracia y su ternura. De ahí nacerán en nosotros, como en María, la canción, la bendición, la alabanza, la proclamación de las cosas grandes que es capaz de hacer el Señor cuando nosotros reconocemos sin temor nuestra pequeñez.

2. De la propia acción a la acción de Dios

María se pone a nuestro lado para enseñarnos cómo dejar a Dios hacer grandes cosas en nosotros, cómo abrirnos a su presencia, cómo escuchar su Palabra. Junto a ella, la primera creyente, aprendemos qué es la fe y en qué consiste esa actitud de reconocerse pequeño y frágil, pero inmensamente querido y perdonado. *En María vemos el resultado victorioso de lo que acontece cuando alguien consiente que Dios intervenga en la propia vida y hasta dónde puede llegar la acción de ese Dios que siempre está llamando a nuestra puerta para estar con nosotros, como lo estuvo con ella y para llenarnos de gracia, como la llenó a ella.*

En el Magnificat encontramos la maqueta de cuál es la actitud correcta (justa, diría el AT), para relacionarnos con Dios. Está resonando en él el eco de lo María había dicho al final de la escena de la Anunciación: «*hágase en mí según tu palabra*». Ahora la escuchamos decir: «*Ha hecho en mí grandes cosas el Poderoso, aquel cuyo nombre es Santo...*»

Así de sencillamente nos encontramos con que María ha superado el «culto antiguo» ha entrado en el culto «*en espíritu y en verdad*» del que habla Juan en el encuentro de Jesús con la samaritana. «*Estos son los adoradores que el Padre busca*»...dijo Jesús a la mujer. Y al terminar de rezar el Magnificat nos damos cuenta de que, por fin, el Padre ha encontrado la adoradora que buscaba. Y ha ido a encontrada no en el Templo de Jerusalén sino en una aldea perdida de Galilea desconocida por todos.

Hay una serie de actitudes que podemos considerar como típicas del «culto antiguo» y que María deja atrás: **intervenir, hacer, merecer, separar, satisfacer**. Y frente a ellas, el «*hágase*» de María en la Anunciación y su «*ha hecho en mí grandes cosas*» expresan su actitud ante Dios que podría descomponerse, como un arco iris, en verbos como éstos: **aguardar, consentir, agradecer, unificar, desear**. Vamos a

recorrerlos brevemente.

Intervenir/aguardar

Hay en nosotros una misteriosa resistencia a aceptar aquellas palabras de la 1ª Carta de Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo» (1 Jn 4,9) y en las que resuena un eco de las del sermón de la Cena: «No me habéis elegido vosotros a mí, soy yo quien os he elegido a vosotros...»(Jn 15,16) Estamos convencidos más frecuentemente de lo que nos atrevemos a confesar, que la oración, la vida espiritual y la salvación en definitiva, son cosa nuestra, algo en lo que tenemos que poner toda nuestra iniciativa, nuestro esfuerzo, nuestra dedicación.

En cambio, Dios encontró en María una mujer dispuesta a esperar, a dejarse mover y conducir, una mujer convencida de que era El quien tenía planes e iniciativas y palabras que dirigirle y, por eso, lo mejor que ella podía hacer era ***aguardar*** expectante todo eso que él preparaba para ella. Y ella nos hace caer en la cuenta de que lo nuestro es también ***aguardar***, permanecer en la espera, acoger una Palabra, una acción y una salvación que no dependen de nuestro empeño sino que nos son prometidas como don.

Merecer/agradecer

Una de las actitudes más difíciles de «evangelizar» en nosotros es la tendencia a creer que «valemos» ante Dios por nuestro comportamiento y que son nuestros méritos los que atraen su favor y su gracia. Todo el culto sacrificial de la antigüedad se basaba en eso, así como la escrupulosa observancia de la Ley judía por parte del mundo fariseo. Jesús polemiza contra ellos, como lo hará después Pablo, porque, debajo de esa obsesión por aparecer ante Dios como perfectos cumplidores de leyes, prescripciones y mandamientos, no siempre está el deseo de coincidir con su voluntad, sino más frecuentemente la autosuficiencia de quien se apoya en sí mismo y se cierra así la puerta a una gracia que es concedida más allá de cualquier merecimiento.

Frente al ***merecer*** con sus tendencias insanas, no cabe más que fomentar el ***agradecer*** en el que María es maestra. El Magnificat nos pone delante su reconocimiento gozoso de que en su vida todo era don gratuito y nos invita a vivir como quien sabe experiencialmente que lo mejor de su vida no depende de su esfuerzo sino que es un regalo.

Separar/unificar

Es típico de la actitud del hombre religioso el hacer del culto y de la vida dos ámbitos separados y pertenecientes a dos dimensiones diversas: la sagrada y la profana. Lo mismo podríamos decir de nuestra tendencia a considerar la «vida espiritual» como algo aparte y al margen de lo que llamamos «la vida». El lugar de la relación con Dios no es otro que la vida misma y la espiritualidad no es un paréntesis, ni un piso más alto, ni un registro diferente, ni una especialidad clerical o monástica sino una manera de estar en el mundo según el Espíritu de Jesús.

Frente al personaje de Zacarías ejerciendo su oficio sacerdotal en el ámbito sacral del templo de Jerusalén, Lucas nos pone delante a María cantando su cántico de alabanza en un espacio profano, en medio de una situación tan ordinaria como la de acudir a ayudar a su prima en la etapa final de su embarazo y en un espacio tan cotidiano como la casa de ésta. Y en ella se nos está anunciando una de las grandes novedades del Nuevo Testamento: que la totalidad de la existencia humana de los creyentes constituye la esencia del culto, de la ofrenda espiritual, de la relación con Dios. Y que es ahí, en esa ***unificación***, donde adoramos al Padre «en espíritu y en verdad».

María nos descubre que cada momento de nuestra vida es una ocasión preciosa de entrar en relación con el Señor de la vida a través de la alabanza, el trabajo ofrecido y realizado con toda el alma, la creatividad para poner al servicio del Reino cada una de nuestras posibilidades y cualidades...Y, lo mismo que ella, podemos hacer de toda nuestra vida un «sacrificio de alabanza».

Satisfacer/desear

Uno de los elementos del «culto antiguo» que pueden engañarnos y atraernos es el de que, a un nivel superficial, parece que satisface nuestros deseos de «estar a bien» con Dios, de «cumplir» con él. Eso que Pablo llama «las obras de la Ley» y de las que no andamos muy lejanos, en el fondo nacen de nuestra inseguridad básica que nos hace buscar febrilmente puntos de apoyo y bases de sustentación en lo que «hacemos», «ofrecemos», «padece» o «sacrificamos» en nombre de Dios.

Y no es que no haya que hacerlo, pero el «*ha hecho en mí grandes cosas*» de María nos propone otra perspectiva: la de alguien que ha dejado atrás la ansiedad, la inquietud por su propia autoafirmación y la ha cambiado por la serenidad profunda de quien se sabe acogido y afirmado por el amor de un Dios que colma todos sus deseos. Es la actitud que Pablo llama fe y que supone una confianza fundamental en el amor que incondicional del Padre que no depende de nuestros méritos. Esa es la roca en la que se apoyó María, por eso le bastaba con reconocerse «esclava del Señor» y dejarle a El toda la iniciativa y campo libre a su acción.

Es ahí donde ella nos invita a apoyarnos y a enraizar en esa confianza nuestro agradecimiento deslumbrado por sabemos tan inmerecidamente queridos, «**agraciados**» y perdonados y una «urgencia agradecida» que nos lleva a comportarnos como verdaderos hijos y hermanos. Esa actitud despierta y ahonda en nosotros un deseo cada vez más profundo de respuesta que no tiene ya nada que ver con la ansiedad por satisfacer nuestra conciencia. Porque lo que hacemos y vivimos desde esa clave está movido por la sed de devolver al Padre «*un amor que responde a otro amor*» (cf Jn 1,16).

3. De la humillación a la felicidad

Si en los dos primeros capítulos de Lucas encontramos un prólogo a todo su evangelio, podemos decir que el Magnificat es un prólogo de las bienaventuranzas porque en él encontramos la primera proclamación de dicha de todo el Nuevo Testamento.

La gente que escuchó decir a Jesús: «Dichosos los pobres...», «dichosos los que tenéis hambre...», oía un lenguaje que les era familiar: las declaraciones de felicidad eran un género literario muy antiguo en Israel aunque el contenido de la proclamación de Jesús era revolucionario porque las situaciones de los que son proclamados felices son de muerte: hambre, lágrimas, sufrimiento, persecución..., pero él empeña su palabra en ofrecer la certeza de que el dinamismo pascual que está presente en él, es capaz de arrastrarlos fuera de la noche del dolor para introducirlos en la dicha del Reino.

María es la primera testigo del NT de que Dios, en Jesús, nos hace pasar de la humillación a la felicidad. Seguramente ella había rezado muchas veces con las palabras del Salmo: «*Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar, la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares... Los que siembran con lágrimas, cosechan entre gritos de júbilo*» (Sal 126,1-2.5) y había oído en la sinagoga la profecía de Isaías: «*El espíritu del Señor YHWH está sobre mí porque me ha ungido YHWH. A anunciar la buena noticia a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos, a pregonar año de gracia de YHWH, día de venganza de nuestro Dios. Para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido...*» (Is 61,1-3)

El contexto del Magnificat que es el de las narraciones de la infancia de Jesús, está recorrido por la alegría

y todos sus personajes aparecen inundados por ella: Zacarías e Isabel, agraciados con el don de la fecundidad (Lc 1,5-23); Juan Bautista, que da saltos de gozo en el seno de su madre (Lc 1,41); María, invitada a alegrarse por el ángel (Lc 1,28); los pastores que velaban en la noche y a quienes se anuncia «una gran alegría» (Lc 2,10); los vecinos que comparten todo ese gozo (Lc 1,58)...

Más tarde, María seguirá aprendiendo qué tipo de felicidad es la que ha venido a traer su Hijo: será una alegría relacional, provocada siempre por encuentros personales: el del padre con el hijo que creía perdido, la mujer y el pastor que al encontrar la moneda o la oveja que buscaban, convocan a amigos y vecinos para compartir la alegría del hallazgo (Lc 15). Por eso su mejor contexto será el de los banquetes, aquellas comidas festivas en una mesa abierta a la que eran invitados, preferentemente, los más excluidos de Israel: publicanos, pecadores, gente de mala vida....

Y aprenderá también de labios de Jesús que existe una especie de «proporción inversa» entre alegría y posesiones: a más alegría provocada por la relación con Jesús, menos cosas retenidas, mientras que el único que decidió quedarse con sus muchos bienes, se alejó invadido por la tristeza (Lc 18,18-23).

Otro rasgo de la dicha proclamada por el evangelio es la de la desmesura, la desproporción, la abundancia, la esplendidez, el derroche, el despilfarro, como si Jesús careciera del sentido de la medida y por eso en Caná es una exageración la cantidad de agua convertida en vino (Jn 2,6), como lo serán los doce canasto sobrantes de los panes y los peces (Mt 14,20). La manera de expresar esta desmesura son a veces imágenes espaciales: «entra en el gozo de tu señor», dice el amo de la parábola de los talentos a los dos empleados que habían sabido negociar con ellos (Mt 25,21-23). Y nos sugiere la pregunta obre qué gozo es éste que no cabe dentro de uno mismo, sino que hay que introducirse en él, como quien se sumerge en el mar. Seguramente es a ese tipo de alegría a la que alude Jesús en el evangelio de Juan: «La alegría que yo os doy, no os la puede quitar nadie» (Jn 16,22), refiriéndose a una felicidad que está a salvo en una zona muy honda del ser, como asentada en una roca inamovible.

Pero María tuvo que aprender también que la alegría del evangelio tiene siempre un componente de dilación, es algo que se empieza a disfrutar en el presente, pero la total posesión de lo que ya ha comenzado a gozarse, es aún objeto de promesa:

- cuando un campesino pasea por su campo y ve el trigo apuntando, se alegra ya, aunque sepa que aún no está la cosecha en su granero y que sólo la posee en forma de promesa (cf Mc 4,26-29)
- la mujer embarazada no tiene aún el hijo en sus brazos, pero vive de la promesa de su presencia y, en el momento del parto, está angustiada pero aguanta el dolor desde la alegría prometida de poder una nueva vida al mundo (cf Jn 16,21)
- los invitados a un banquete, tienen ya en las manos la invitación a las bodas que pone en marcha los dinanismos de la preparación de la fiesta, la impaciente espera del momento en que llegue el novio que está ya en camino (cf Mt 22,12; 25,1-12)
- el que «atesora un tesoro en los cielos», goza de saberlo a salvo en un lugar «donde no llega el ladrón ni roe la polilla» (Mt 12,33)

Y este ensanchamiento de perspectivas supone un estiramiento del deseo y requiere la *upomoné*, el aguante activo. Porque, lo mismo que no hay dos vidas, sino una única vida que se despliega en dos fases, no hay dos felicidades, la felicidad debe empezar ahora pero caben estados y énfasis: su plenitud queda emplazada después de la cruz, pero la dicha misma no queda aplazada más allá, empieza a gustarse ya aquí y ahora. Los momentos de felicidad son la parábola anticipatoria de la salvación. No es algo efímero que se consume fugazmente, sino arras y primicias del gozo irreversible.

En la encíclica *Marialis Cultus*, Juan Pablo II llama a María «peregrina de la fe» y esa expresión nos la

sitúa a nuestro lado, atravesando las mismas oscuridades, pasando por las mismas pruebas, accediendo a la felicidad por las mismas «cañadas oscuras» que vivimos nosotros. Y su compañía nos invita a fijar la mirada en el proceso que la llevó hasta ahí, en el recorrido a través del cual una mujer de las nuestras fue teniendo parte de una manera gradual y cada vez más intensa, en la suerte de Jesús y en la alegría de su resurrección.

Así nosotros, al mirarla, estamos llamados a descubrirla «dichosa» en las etapas aún oscuras en las que se fue gestando su *koinonía*, su comunidad de vida con Jesús. «Tener parte» con Jesús supuso para ella todo un trabajo de confrontación entre la vida extraña de su hijo y la Palabra que ella escuchaba en su corazón. «Tener parte» con él significó ir encajando lentamente tantas cosas incomprensibles: un nacimiento en la intemperie, una infancia y juventud escondidas, los comienzos de una predicación insólita, las sanaciones, los enfrentamientos, el entusiasmo incondicional de sus seguidores, el torbellino de odio de sus detractores que lo arrastraría hasta la muerte. «Tener parte» con él debió suponer el ir descubriendo, con asombro, que aquél hijo no le pertenecía a ella sino al Padre del cielo y a sus cosas, y que su madre y hermanos eran también todos los que se apiñaban para escucharle. «Tener parte» con él tuvo que incluir el ir acostumbrándose a sus preferencias tan provocativas, a su radicalidad extrema, a sus promesas atrevidas, a su amor desmesurado hasta el fin.

Jesús y el reino fueron labrando poco a poco la dicha de María y ella hizo la experiencia de que es la puerta estrecha la que conduce a la vida, de que la mujer tiene que pasar por el parto para tener al hijo en sus brazos, de que la resurrección se da en medio de la noche.

4. De la mirada a Dios a la mirada al mundo

En el comienzo del Magnificat veíamos a María vuelta enteramente hacia Dios, proclamando su grandeza, cantando su alabanza. En un segundo momento podríamos decir que es como si al mirarle a El se diera cuenta de en qué dirección está El mirando y entonces ella vuelve sus ojos allí donde ve que los tiene puestos Dios.

Y se pone entonces a contemplar la historia con la mirada en la que ella misma se ha sentido envuelta: ella que había salido de sí misma para ir a prestar servicio a su prima Isabel, contempla ahora la realidad con los ojos de Dios, con el talante profético de quien conoce la inclinación del corazón de Dios por los humillados de la tierra. Y sus ojos descubren, por debajo de las apariencias, cuál es el fondo de la realidad, quiénes son los que para Dios están *arriba, dentro y cerca* y quiénes los que están *abajo, fuera y lejos*. Y esa mirada contemplativa le revela las preferencias de un Dios que nunca es imparcial.

Y una característica de la mirada de María sobre el mundo es que, junto a un realismo consciente de la precariedad de las cosas y de la dureza de la vida (hay hambrientos, pobres y humillados y ambiciones y poderes opresores que son su causa), ella no se deja engañar por las apariencias, es capaz de perforar la realidad y ve las cosas, las personas y las relaciones tal como Dios las ve. Y por eso se adelanta a contemplar a los hambrientos ya saciados, a los humildes y abatidos exaltados y a los ricos y poderosos despedidos con las manos vacías. Junto a ella podemos aprender también a corregir nuestra percepción de la realidad del mundo y preguntamos si sólo percibimos el ruido de sus actos de violencia, destrucción y odio, o si vamos aprendiendo a escuchar, gracias a esos maestros que son los sencillos y los pequeños, el murmullo de innumerables gestos de amor, de fiesta compartida, de fortaleza silenciosa que brota tantas veces de los lugares de abajo, del mundo de los excluidos, de donde parece que no podría surgir más que la amargura o la tristeza.